

El amor de Cristo nos apremia

Mensaje sobre el servicio y la organización de la caridad

en todas las comunidades de la Iglesia.

A los sacerdotes, a las personas consagradas y a todos los fieles de la arquidiócesis:

El culto tributado al Sagrado Corazón de Jesús, que tiene raíces antiquísimas, adquirió mayor vigor y más amplia difusión desde que el Beato Pío IX extendió la solemnidad litúrgica a toda la Iglesia. A partir de entonces se desarrolló también una valiosa tradición que hace del mes de junio el *Mes del Sagrado Corazón*. Es éste, por lo tanto, el tiempo favorable para inclinarnos con espíritu de adoración ante *la insondable riqueza de Cristo*, y para aspirar con fervorosa oración a *conocer el amor de Dios, que supera todo conocimiento, para ser colmados por la plenitud de Dios* (Ef. 3, 8.19). Precisamente por esto, porque en este tiempo reconocemos y celebramos de un modo especial el amor de nuestro Redentor, el mes de junio es considerado también el *Mes de la caridad*, en el que se realiza la Colecta Nacional de Caritas. Este año será el domingo 14 y su víspera, en feliz coincidencia con la fiesta del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, la fiesta del sacramento de su amor.

El Santo Padre Benedicto XVI, en la encíclica *Deus caritas est* nos recuerda que *el amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada uno de los fieles, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la Iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia universal en su totalidad*. En la misma carta, el Papa explica que no es ésta una tarea opcional, sino que con el anuncio de la Palabra de Dios y la celebración de los sacramentos, el servicio de la caridad es una realidad esencial, inseparable de las otras dos, y que expresa como ellas y en implicación mutua con ellas la naturaleza íntima de la Iglesia. En la Iglesia familia de Dios, señala el Pontífice, *no debe haber nadie que sufra por falta de lo necesario*; pero el amor cristiano no se detiene en las fronteras eclesiales, sino que está siempre dispuesto a hacer el bien a todos, según el criterio que Jesús nos transmitió en la parábola del buen Samaritano. En las palabras que nos dirigió a los obispos argentinos al concluir la reciente visita “ad limina”, Benedicto XVI se refirió a

la Iglesia como *familia de Dios, siempre acogedora y misericordiosa con los más pobres* y nos exhortó a fomentar en nuestras comunidades diocesanas el ejercicio de la caridad. Nos advirtió asimismo que este servicio debe estar guiado por la fe y ha de alimentarse en la oración para evitar el peligro del activismo y de una visión secularizada o ideológica.

Es preciso, entonces, que cada parroquia desarrolle efectivamente esta dimensión de la misión eclesial, que desde la antigüedad se ha llamado *diaconía*, es decir, el servicio del amor al prójimo ejercido comunitariamente y de modo orgánico. *Caritas* no puede faltar en ninguna parroquia; más aún, hay que pensar cómo puede extenderse a las capillas más alejadas de las sedes parroquiales y a otras instituciones de la Iglesia. Las razones expuestas anteriormente obligan a considerar cómo puede ejercerse siempre mejor este servicio que ha de expresar la vida y el amor de cada comunidad cristiana. Debemos trabajar seriamente para superar ciertas limitaciones, de modo que la *diaconía* eclesial no se reduzca al reparto mensual de unos pocos alimentos y algo de ropa. La asistencia, incluso esa más elemental, será siempre imprescindible, pero la comunidad entera está llamada a empeñarse, urgida por el amor de Cristo, en promover la dignidad plena de los necesitados con gestos que hagan presente ese amor incondicional y acrediten ante ellos y ante la sociedad toda la verdad del Evangelio. El servicio de *Caritas* se distingue cualitativamente de la acción de cualquier institución de beneficencia; no es obra de mera solidaridad humana, sino de caridad divina. San Pablo lo llama *servicio sagrado* (2 Cor. 9, 12) y afirma que su fin no es sólo satisfacer las necesidades de los pobres, sino que al hacerlo se dirige también a glorificar a Dios; realizado en el Espíritu de Cristo, este servicio es un hecho de evangelización.

Tengo plena conciencia de que son numerosas las dificultades prácticas; queda mucho por hacer y nos limita dolorosamente una crónica escasez de recursos. No contamos con un número suficiente de voluntarios; es preciso convocar continuamente a los fieles a sumarse a la generosa tarea de quienes llevan años de entrega personal a esta misión. *Caritas* arquidiocesana tendrá que intensificar la preparación de nuevos agentes pastorales que además de adquirir una competencia profesional se distingan *por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón*, como nos propone Benedicto XVI. Carecemos de recursos económicos suficientes. Corresponde a la comisión arquidiocesana de *Caritas* encargarse, de modo sistemático y planificado, de procurar lo necesario para que en las zonas más probadas por la pobreza, la comunidad cristiana pueda ejercer debidamente su servicio de caridad. Le compete,

además promover una cooperación activa entre las parroquias, de modo que las mejor dotadas ayuden a las que carecen de medios suficientes para atender eficazmente a los pobres. A este propósito, tengamos en vista el modelo de la primera comunidad cristiana: *todos los creyentes se mantenían unidos y ponían lo suyo en común* (Hech. 2, 44).

Queridos hermanos todos, valgan estas reflexiones, en primer lugar, para preparar la inminente colecta de Caritas. Recibamos con apertura de corazón las palabras del Apóstol, que al promover una colecta a favor de los pobres de Jerusalén, escribía a los corintios: *Sepan que el que siembra mezquinamente tendrá una cosecha muy pobre; en cambio, el que siembra con generosidad, cosechará abundantemente* (2 Cor. 9, 6). Pero más allá de ese acontecimiento deseo suscitar en ustedes el propósito de evaluar con lucidez y de retomar con renovado entusiasmo la diaconía de la caridad en cada una de las comunidades de la arquidiócesis. Nos sirva de lema, de norma y estímulo esta otra expresión paulina, que podemos meditar fijando en el Corazón de Jesús los ojos iluminados de nuestro corazón: *el amor de Cristo nos apremia* (2 Cor. 5, 14). Si en verdad nos apremia, porque en verdad nos apremia, y ya no corresponde que vivamos para nosotros mismos, sino para él que murió y resucitó por todos. Para él y para nuestros hermanos.

Con afecto y gratitud, va mi bendición.

+ HÉCTOR
AGUER

*Arzobispo
de La Plata*